

nura paternal; pero cierta noche, al dar las nueve en la vecina torre, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes, y en la escalera resonaron pesados pasos que producían un ruido semejante al del martillo cuando choca contra el yunque.

—¡Es Coppelius!—exclamó mi madre palideciendo.

—Sí, Coppelius—murmuró mi padre con cierta agitación;—pero es la última vez que debemos verle; yo os lo prometo. Mujer, acuesta á los niños y buenas noches.

Mi madre me condujo á la cama, y me acosté; mas apenas estuve sin luz, parecióme que me sofocaba y siniestras visiones me asaltaban por todas partes. Hacía ya largo tiempo que me hallaba en aquel estado de angustia y alucinación, cuando, al dar las doce de la noche, oyóse un ruido semejante al que produciría la detonación de un arma de fuego y que hizo retemblar las puertas y vidrieras; alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto, y después cerróse con estrépito la puerta de la calle. Salto del lecho y me precipito en el corredor; en la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores, y veo salir de ella una nube de humo negro é infecto; la criada grita:

—¡Mi amo!... ¡Pobre amo mío!

Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarradores. «¡Coppelius, Coppelius—exclamé yo—has muerto á mi padre!» Y caí al suelo privado de sentido.

Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, á pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo, lo cual nos hizo creer que Dios habría perdonado su alma sin pedirle cuenta de sus relaciones con Coppelius.

La explosión había despertado á todos los vecinos; el acontecimiento de aquella noche fué desde el día siguiente asunto de las conversaciones de toda la ciudad; los jueces expidieron una orden de prisión contra Coppelius, á quien la voz pública acusaba de asesino; pero el miserable había desaparecido sin que se pudiera saber qué camino seguía.

Y ahora, querido Lotario, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, sin duda no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. He reconocido bien las facciones, la estatura y la voz de Coppelius; se hace pasar por mecánico piamontés, y ha tomado el nombre de Giuseppe Coppola; pero á mi no me ha engañado, y estoy resuelto á vengar la muerte de mi padre.

CLARA A NATANIEL

Aunque no me hayas escrito hace largo tiempo, creo, amado mío, que no habrás desechado mi recuerdo de tu pensamiento ni de tu corazón, pues el otro día, al escribir á mi hermano, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Gracias á esta distracción, he sido la primera en abrir tu carta, y por las primeras líneas reconocí tu error. Hubiera debido no leer una palabra más, y llevar la carta á mi hermano; pero el principio de la historia que le referías despertó de tal modo mi curiosidad, que sentí como un extravío. Ese Coppelius es un personaje espantoso, y yo ignoraba hasta ahora el terrible accidente que te privó de tu querido padre. El maldito vendedor de barómetros á quien tu llamas Giuseppe Coppola, y que, según dices,

se parece tanto al infame Coppelius, me ha perseguido todo un día como un espectro amenazador; le he soñado, y durante la noche me desperté varias veces profiriendo gritos de espanto. No te enojés, amigo mío, si llegas á saber por la contestación de Lotario, que desde el día siguiente recobré la tranquilidad y la calma, desechando los fantasmas de mi imaginación, pues te confieso que lo sobrenatural no me parece muy admisible en esta historia. Coppelius podía ser el más repugnante de todos los hombres, y comprendo tu aversión de niño al ver su salvaje aspecto. Has hecho la personificación del *hombre de la arena* tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente más objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque este trabajo debía ocasionar gastos muy crecidos, sin producir nunca nada; y por otra parte, tu padre, absorbido por la pasión de hacer oro y de encontrar la piedra filosofal, descuidaba los asuntos de su casa y sus afecciones de familia. La muerte del autor de tus días me parece el resultado de una imprudencia; ciertas combinaciones de materias fundidas pueden determinar una explosión más ó menos temible; y esto lo sé por un químico que me citó muchas sustancias cuyos extraños nombres no transcribo aquí porque los he olvidado.

Sé que vas á compadecer á tu pobre Clara, que no cree en lo fantástico, ni ve en el mundo las cosas sino bajo su aspecto más natural. ¡Ah! querido Nataniel: ¿existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza, que pueda arrastrarnos por una senda de desgracias y desastres? No, Dios nos ha dado la luz del espíritu y la piedra de toque de la conciencia á fin de que con su auxilio nos sea posible reconocer en todas partes, sean cuales fueren las

formas con que se revista, al enemigo que nos persigue. Si recorremos con firme paso, fija la vista en el cielo, la senda de la virtud, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos á sus lazos. Puede suceder que, durante algunos momentos, nuestra imaginación se deje fascinar por fantasmas engañosos, cuyo aspecto nos parece realmente amenazador; pero estos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos alterados por una especie de fiebre que les presta formas extravagantes, tomadas, según nuestra disposición, de las nociones en que nos hemos imbuído respecto al cielo ó al infierno. He aquí, querido Nataniel, cómo mi hermano y yo tratamos esas altas cuestiones de las fuerzas ocultas. Ya ves que los misterios no atemorizan á todo el mundo, y que aun hay jóvenes bastante atrevidas para razonar en vez de temblar. Desecha, pues, de tu memoria, yo te lo suplico, las hediondas figuras de Coppelius y del vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me regocijaria mucho decirte todo cuanto me ha ocurrido de extraño respecto al *hombre de la arena* y á Coppelius, el abogado-trafficante en barómetros; pero lo dejaré para otra vez.

Si los temores te acometen de nuevo, ven á ocultarte bajo mis alas; yo seré tu genio del bien; nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar para siempre los monstruos fantásticos. Siempre tuya, amado mío.

NATANIEL Á LOTARIO

Me ha contrariado mucho, querido amigo, que gracias á mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. La maliciosa joven se ha burlado com-